



Guillermo Lora

**LA MASACRE
DE
HUANUNI**

Ediciones

MASAS

LA MASACRE DE HUANUNI

23 de enero 1960

Guillermo Lora

La prensa adicta al gobierno deformó deliberadamente los trágicos acontecimientos que tuvieron lugar en Huanuni, con la finalidad de, favorecer al oficialismo e inclusive de presentar al Presidente de la República, Hernán Siles Suazo, y a sus ministros como a héroes empeñados en defender a los trabajadores. La dirección movimientista no pudo en ese momento establecer la verdad porque chocaba con los vitales intereses de la clase obrera.

El gobierno Siles estaba vivamente interesado en aparecer como víctima de los acontecimientos de Huanuni y no como su directo y único responsable. La profusa campaña periodística que se desarrolló estuvo destinada a convencer, de una manera indirecta, que los criminales eran los activistas de Siglo XX-Catavi. El Presidente Siles, en su carta del día 23 de enero de 1960, sostiene que todos los excesos fueron consumados cuando la plaza de Huanuni se encontraba controlada por los milicianos de Siglo XX. El guevarismo llegó al extremo de acusar a dichos elementos de actuar al servicio del pazestensorismo, y de estar dirigidos desde La Paz (comunicado de 24 de enero). El oficialismo presentó los sucesos de Huanuni al margen de la política nacional, de la conducta antiobrera del gobierno, del divisionismo en materia sindical. Algunos, entre ellos Alvarez Plata, dijeron que se trataba de un caso de locura colectiva.

“La Nación” de La Paz, manejada por la alta jerarquía movimientista y que tanto empeño puso en desvirtuar la pugna entre el proletariado y la política gubernamental, formuló la tesis de que en Huanuni los mineros lucharon entre sí de una manera absurda. Los trotskystas respondieron que lo absurdo radicaba en “ignorar que los diferentes grupos de trabajadores se enfrentaron sosteniendo ideologías políticas y sindicales opuestas. Lo fundamental en este aspecto radica en que los seguidores de Celestino Gutiérrez (manejado desde el Palacio de Gobierno), aunque miembros de un sindicato, actuaban en ese momento a nombre del Comando Especial movimientista de Huanuni y olvidándose de su clase”¹².

Ni duda cabe que la causa última de los luctuosos acontecimientos de Huanuni fue esencialmente política. La lucha enconada contra las organizaciones obreras estaba ya planteada desde el momento en que el gobierno Siles puso en ejecución su plan antisindical. En un período de radicalización de las masas, esa política no pudo menos que precipitar la ruptura -violenta o no- de los sindicatos. En Huanuni explotó en forma violenta la oposición de los trabajadores al plan de estabilización, en realidad el único punto importante del programa de gobierno del Presidente Siles, que no podía ejecutar toda su obra antinacional si la COB continuaba manteniendo toda su pujanza y actuando como un real comando nacional de la clase obrera; por eso puso tanto cuidado en escisionarlo.

Después de anular el comando único de los trabajadores, el silismo volcó todos sus recursos hacia la formación de sus propios sindicatos (Bloque Reestructurador). En los primeros momentos, los reestructuradores, aprovechando el marcado sentimiento antiburocrático de las bases obreras, lograron desorientar a ciertos distritos, inclusive a varios centros mineros. El tiempo fue el peor enemigo de esta política divisionista, pues el choque entre los intereses del gobierno y el de los obreros se fue acentuando. Esta es la mecánica del proceso que, en su punto culminante, concluyó enfrentando al proletariado y al país todo contra la política gubernamental, tipificada por los sindicalistas como entreguista y antiobrera. Los reestructuradores carecían de porvenir porque se dieron como misión fundamental el defender al gobierno de la arremetida de los sindicatos y al plan de estabilización de la protesta popular. Se trataba, en verdad, de fracciones de choque, armadas hasta los dientes y que realizaron frecuentes marchas punitivas sobre los centros opositores. El gobierno enviaba mayor cantidad de armamento o los distritos mineros con la esperanza de contener con ayuda del terror, el creciente descontento. Los reestructuradores se convirtieron en amos absolutos de muchas minas. Uno de ellos, el viejo obrero Wilfredo Siñani, se tomaba la libertad de dictar estados de sitio toda vez que los opositores le molestaban. Tales excesos motivaron que creciese el odio popular contra los silistas. En Huanuni el panorama se ensombreció cuando los jefes reestructuradores se convirtieron, gracias al apoyo oficial, en explotadores de obreros. Muchas

12- G. Lora, Tomás Aguirre, etc., “La masacre de Huanuni”, La Paz, 1960.

de las cooperativas mineras fueron creadas con la finalidad única de enriquecer a estos elementos.

Siglo XX y Catavi, colocados a la cabeza del movimiento obrero del país, no podían desarrollar ampliamente su actividad si tenían al frente al sindicato de Huanuni; es por esto que se dedicaron a ganar a las bases de esta última organización en favor del programa propio del proletariado. Cuando, después de la masacre, Siles llegó a la plaza de Huanuni fue recibido con "muera al masacrador y agente del imperialismo". Las informaciones de prensa no pudieron ocultar que el presidente fue acusado por los mineros de ser el responsable de los luctuosos acontecimientos.

El Partido Obrero Revolucionario, mediante comunicado de 25 de enero, señaló que los trabajadores de Siglo XX-Catavi marcharon sobre Huanuni únicamente para poner a salvo la integridad de sus organizaciones y para rechazar el intervencionismo gubernamental. El oficialismo calificó a aquellos como "agresores" y "asaltantes", cuando en realidad su lucha fue una actitud estrictamente defensiva. Si ellos no tomaban Huanuni, los "reestructuradores" se hubiesen encargado de exterminar a los elementos opositores de ese distrito y hubieran marchado sobre Siglo XX para destruir al sindicato. El Presidente de Comibol, Guillermo Bedregal, sostuvo el 22 de enero, un día antes del choque sangriento, que se imponía la necesidad de luchar contra tres frentes: Siglo XX, Catavi y Huanuni. Los trabajadores de esta última mina prestaron a Siglo XX-Catavi decidido apoyo en la lucha contra el Comando Especial movimientista, sólo así se explica que hubiesen podido derrotar a grupos de asalto magníficamente armados.

Los sectores de izquierda de Huanuni lograron vencer a las ametralladoras comandistas en las elecciones sindicales de 24 de diciembre de 1959 y que se convirtió en uno de los antecedentes decisivos de la masacre. La posesión del nuevo directorio motivó los primeros choques entre los sectores en pugna. Wilfredo Siñani, jefe del Comando Especial del MNR y confeso seguidor de Guevara Arze, hirió, de bala, en el pie, al trabajador Demetrio Molina. El flamante sindicato se apresuró a pedir a la FSTMB que gestione ante el Ministerio de Gobierno ¹³ la expulsión y enjuiciamiento del agresor y capo político.

En vista de que las autoridades gubernamentales no adoptaron ninguna medida para poner atajo a los desbordes de los comandistas, el directorio sindical, presidido por Serapio Quiroz, dispuso para el viernes 22 de enero la huelga general, "hasta tanto sea puesto a disposición de la justicia ordinaria el aludido Siñani. La pugna política que escindía a los trabajadores también se reflejaba en la dirección. Frente a los dirigentes izquierdistas estaba el belicoso reestructurador, Gutiérrez, que entonces cumplía las funciones de control obrero y cuyo poder se veía acrecentado por el apoyo que le prestaba el gobierno.

El viernes por la mañana Gutiérrez agotó todos sus recursos para hacer fracasar la huelga, que francamente la tipificó como contraria a los intereses nacionales. Para el efecto promovió una concentración en la plaza de Huanuni, la que tuvo a su cargo el desconocimiento del directorio sindical y su reemplazo por un cuerpo directivo ad-hoc, encabezado por el comandista Humberto Zambrana. Se trataba de un verdadero golpe de Estado. Zambrana encabezó la lista de candidatos que fue derrotada (por 1.300 votos contra 700) por el bloque de izquierdas (Quiroz, Saral, Guarayo). Huanuni contaba con 4.000 obreros y Gutiérrez, para justificar el desconocimiento del equipo victorioso, ideó el argumento de que los 2.000 trabajadores que no votaron eran adictos al MNR. En las elecciones de delegados de sección ya hubieron algunas fricciones. Los comandistas tenían influencia en las secciones Duncan, Harrison, Cataricagua, Santa Elena y el mismo pueblo eran fortalezas de los opositores.

La táctica de los reestructuradores no era otra que utilizar la violencia para evitar que los izquierdistas ganasen más terreno. El Secretario General de la Federación de Mineros había viajado a Huanuni, el 9 de enero, para posesionar a los nuevos dirigentes, oportunidad en la que fue ultrajado de hecho y corrido por Siñani y sus seguidores. Las autoridades buscaron neutralizar a los obreros con el envío de funcionarios encargados de levantar "procesos informativos". La huida de Mario Tórres y la debilidad demostrada por los nuevos dirigentes alentó a los reestructuradores. Nada positivo se hizo por consolidar la victoria de la izquierda. Los movimientistas se replegaron hacia el Comando Especial y se puso en evidencia que la actividad sindical no podría gozar de garantías mientras el organismo del MNR estuviese controlado por guevaristas; los obreros vieron con simpatía los esfuerzos que hacían los pazestenssorsistas para tomarlo en sus manos.

13- "Se derramó sangre por sostener a un jefe político y por la intemperancia sindical", en "El Diario", La Paz, 28 de enero de 1960.

Los periódicos hablaron sólo de la pequeña asamblea dirigida por Gutiérrez (120 en total) en la plaza. El 20 de enero ya se había organizado el Comité de Huelga y este organismo convocó a asambleas seccionales para estudiar el problema del paro, pero Gutiérrez y sus parciales lograron dividir las opiniones.

La reunión de los reestructuradores suspendió la huelga a partir de las trece horas del día viernes 22 y concluyó ordenando el asalto a bala del local sindical.

El sábado 23, a horas 9, una manifestación obrera (encabezada por Guarayo y Saral) se desprendió desde el ingenio Santa Elena. "El Diario" dijo que estaba formada por cuatrocientas personas. Los manifestantes protestaban contra el golpe comandista y la ruptura de la huelga. Esta marcha pacífica (nadie portaba armas y de su seno no salió un solo disparo) fue recibida con ráfagas de ametralladoras, resultando heridos cinco trabajadores. Según "El Diario", cayeron únicamente Guillermo Rojas "que en la tarde falleció" y Félix Barrios con heridas leves.

Son estos hechos los que determinan la movilización de los sindicatos de Siglo XX-Catavi, que ya habían ingresado a la huelga en solidaridad con los trabajadores de Huanuni. En esta última mina se organizó un comité mediador, que estuvo constituido por el sacerdote Oscar Gandi, el gerente José del Solar Alemán, ex-ministro de Minas, el alcalde Abel Soria Galbarro y Armando Gutiérrez, director de Radio Nacional. El Comité realizó urgentes gestiones destinadas a lograr una tregua entre los contendientes, lo que no pudo materializarse porque los grupos solicitaron recíprocamente el retiro del distrito de los líderes enemigos más visibles. Desde este momento los opositores al Comando se concentraron en Santa Elena y permanecieron allí hasta la llegada de los obreros de Siglo XX-Catavi.

Dos obreros de Huanuni se trasladaron a Siglo XX para informar sobre los atropellos que venían cometiendo los comandistas y sobre su plan de destruir a bala la organización sindical. Mientras tanto, Siñani retornó de Oruro, después de que las autoridades lo declararon libre de toda culpa. El día sábado, a horas trece, una concentración de obreros en el local sindical de Siglo XX, en medio del ambiente tenso que reinaba, conoce una relación oficial de todo lo ocurrido. Después de una breve discusión se determinó la movilización sobre Huanuni.

Mientras los izquierdistas permanecían sin armas en Santa Elena y esperando que en cualquier momento pudiesen ser atacados por los comandistas, éstos se preparaban para dar fin con todos los opositores, contando con la complicidad de las sombras de la noche, cosa que se habría consumado de no mediar la intervención de los mineros de Siglo XX-Catavi. Los seguidores de Gutiérrez y Siñani habían confeccionado una lista de personas que debían ser eliminadas físicamente y en ella ocupaban los primeros puestos los militantes poristas. Como se ve los obreros de Huanuni fueron empujados a luchar en defensa de sus vidas.

Los reestructuradores, a pesar de creer firmemente que los mineros de Siglo XX no se atreverían a desafiar su gran potencialidad bélica, ubicaron, en tren de precaución, sus ametralladoras en puestos estratégicos (la torre de la iglesia, la azotea y los techos del Comando, de la policía, del cine, de la Alcaldía y de Radio Nacional). Se tenía la seguridad de que los izquierdistas no podrían, en el mejor de los casos, avanzar más allá de Santa Elena, pues todas las vías de acceso a la plaza, reducto de los comandistas, se encontraban controladas por el fuego de los enemigos del sindicato. Más, los acontecimientos posteriores violentaron tales planes y esperanzas.

A las 16 y 15 horas aparecieron ocho camiones con mineros de Siglo XX-Catavi. Cuando los de Huanuni saludaban alborozados a sus hermanos de clase, los comandistas dispararon sobre la multitud desde sus posiciones, habiendo derribado a dos obreros que cayeron al río. A la desorientación siguió la acción decidida. Bajo un cerrado tiroteo, las fracciones de Siglo XX-Catavi iniciaron su ofensiva hacia la plaza. Se ejecutó una acción envolvente por los flancos de los cerros Karazapatos y Santa Elena (línea férrea), dejando en el centro a los hombres de Siñani, que se encontraban apostados en el cerro Huayrapata. Los mineros se filtraron por las calles adyacentes a la plaza. Los atacantes contaban con pocos fusiles y casi todos portaban granadas de fabricación casera. El apoyo prestado a los de Siglo XX por los opositores de Huanuni fue valioso.

Los mineros de Siglo XX-Catavi se trasladaron a Huanuni con el ánimo de realizar una manifestación y reponer en sus puestos a los dirigentes depuestos. En el trayecto fueron alcanzados por tres comisiones destacadas desde Huanuni, todas ellas informaron que los milicianos tenían aterrorizados a los obreros

y que los familiares de éstos habían abandonado los campamentos, buscando refugio en los cerros. Desembarcaron en la "bomba" de Santa Elena y se apresuraron a sumarse a los efectivos de Huanuni para salir en manifestación. La ráfaga de la ametralladora que les sorprendió en la puerta del ingenio les obligo a tomar rápidamente las providencias necesarias para el combate. El grueso de los obreros había sido reclutado en Siglo XX y de Catavi, a este contingente se sumaron no más de ochenta hombres de Huanuni.

En el movimiento envolvente se sacó mucha ventaja de la peculiar topografía de la región. El primer muerto que cayó en esta operación fue el minero de la Sección Azul Hugo Butrón, militante porista, que portaba bombas molotov. Cayó víctima de los disparos hechos desde la torre de la iglesia y a la altura de la Alcaldía. Es entonces que los atacantes se fijan como objetivo la captura de esa torre, ignorando que desde allí operaba Gutiérrez.

El mayor numero de muertos y heridos correspondió a los efectivos de Huanuni, pues éstos, obrando desesperadamente, cometieron el error de intentar la captura frontal de la plaza.

El primero en huir fue el comandista Siñani, que se había atrincherado en la Alcaldía. Dicen que utilizó para su fuga las instalaciones del alcantarillado. Sin embargo, muchos de sus compañeros quedaron ocultos en la serranía que se prolonga más allá de la estación ferroviaria; siguieron disparando hasta las 19 y 30 horas del día 23, habiendo sido finalmente silenciados por las patrullas sindicales que organizaron los izquierdistas después de controlar la situación.

¿Cómo hombres casi desarmados pudieron tomar la plaza y reducir a los comandistas tan reciamente pertrechados? Sólo gracias al coraje sin límites y a la inteligencia demostrada en el combate. Es cierto que las ametralladoras pierden parte de su potencia en la lucha callejera. Los trotskystas apoyados por la gente de Huanuni, se colocaron a la cabeza de los combatientes y estuvieron en los lugares y acciones de mayor peligro. Los efectivos de Siglo XX actuaron dirigidos en pequeños grupos. El combate duró tres horas y cayeron doce muertos y 32 heridos (entre los cuatro cadáveres de Siglo XX se contaban los póristas Alberto Mora, Hugo Butrón y Filiberto Balderrama).

Descargas de dinamita averiaron seriamente, la iglesia y el Comando, que habían sido identificados como nidos de ametralladoras. Celestino Gutiérrez disparó hasta el último momento desde la torre del templo, donde fue muerto a balazos y luego colgado por las enfurecidas mujeres de Huanuni, que así se vengaron de las fechorías cometidas por aquel. A las diez y ocho horas Huanuni se encontraba totalmente controlada por los obreros de Siglo XX-Catavi. Es entonces y cuando el tiroteo disminuyó considerablemente que ingresaron al teatro de operaciones el Presidente Hernán Siles y su comitiva, fuertemente custodiados por una fracción de agentes de Control Político (policía política de ese entonces). Los obreros acusaron en voz alta a Siles de ser directo responsable de todo lo ocurrido y, para expresarle su odio y desprecio, llegaron al extremo de arrojarle coca mascada y barro en el rostro. El lenguaje de los gobernantes en Huanuni fue muy diferente al que usaron después en las conferencias de prensa. Siles dijo que todo era resultado de la conducta equivocada de los dirigentes del Comando Especial, que éstos debían ser juzgados y castigados. Las sabias palabras fueron dictadas por el miedo. Los ministros se limitaron a mostrar humildad y dijeron comprender la resistencia obrera a los excesos de los reestructuradores. Luego, cuando les tocó hablar en las ciudades, no tuvieron el menor reparo de referirse a la barbarie de los obreros y de culpar a los de Siglo XX-Catavi de todo lo ocurrido.

Los trabajadores de Huanuni, enardecidos por el triunfo, se encargaron de señalar las posiciones desde las cuales se disparó contra los trabajadores (iglesia, policía, local de Comando, domicilio de los comandistas Siñani, Vargas, etc.). De todos estos lugares se decomisó abundante cantidad de armas y de munición.

La conducta y los objetivos de los mineros fueron señalados por César Lora cuando, desafiando a las mujeres de Huanuni, descolgó el cuerpo inerte de Gutiérrez y dejó sentado que la misión de ellos no era colgar a nadie, sino desarmar a los comandistas y restituir a los dirigentes sindicales en sus puestos. Poco antes, Siles pidió que su conmlitón fuese descolgado y sólo encontró una violentísima negativa de la masa.

En Huanuni los izquierdistas asestaron un rudo golpe al gobierno y al sindicalismo dirigido. La Federación de Mineros sacó una conclusión errónea de estos acontecimientos, pues en una circular instaba a los sindicatos de base a desarrollar una política pacifista frente a los comandos movimientistas. El oficialismo

respondió en un otro tono: el comando de la Segunda División del Ejército, con asiento en Oruro, organizó a las Fuerzas Armadas del Departamento de Oruro (FADO), formadas por el ejército, por carabineros, por las milicias armadas "9 de abril", por la Juventud del MNR de Oruro, por las Milicias armadas de mineros de Colquiri, Morococala, Japo, Huanuni, Machacamarca, Pojo y por las milicias armadas del Departamento. FADO estaba comandada por el Coronel Gustavo Maldonado San Martín, Comandante de la II División del Ejército ¹⁴.

Lo anterior demuestra que el oficialismo y los reestructuradores consideraban lo ocurrido en Huanuni como un simple respiro en la campaña represiva contra el movimiento obrero. Las fuerzas de choque de los reestructuradores no cesaron en su empeño de organizarse y armarse, a fin de poder aplastar a los izquierdistas. Al Presidente Siles se le pidió la disolución de las FADO y aquel se negó terminantemente hacerlo.